

LOS NOVENTA AÑOS DE ALBERTO WAGNER DE REYNA

POR

MIGUEL AYUSO (*)

Desde que hace alrededor de un decenio tuve la dicha de conocerlo en Madrid, cada vez que mis pasos me conducen a París —y motivos académicos o conspiratorios, cuando no entrambos, hacen que ocurra unas buenas cuatro o cinco veces al año— le giro la correspondiente visita de cumplido, que a la par lo es *ex toto corde*, en su luminoso, sencillo y elegante apartamiento del *setzième*. Visita que concluye con frecuencia en una cena en que su encantadora e inquieta mujer, Victoria, suele ofrecerme ostras y *fote*. Al igual que cuando las reuniones familiares le atraen a la exquisita casa madrileña de su hija Rosa, que le transporta a uno a su Lima natal, me apresuro a saludarlo y a beber un jerez en su compañía. Son, pues, muchas las ocasiones en que me he lucrado de su conversación inteligente y culta, de sus juicios siempre bondadosos, de su ejemplar desenvolverse por la vida como discípulo de Cristo e hijo fiel de su Iglesia. Y es que un haz de cualidades varias, todas extraordinarias, se ayuntan en su personalidad señera.

Lo primero que me llamó la atención fue el diplomático de verdad, en absoluto impostado, sino sincero, directo, cordial. Por

(*) El pasado 7 de junio el escritor peruano Alberto Wagner de Reyna, que ha honrado a *Verbo* en una ocasión con una colaboración, cumplía noventa años. Adelantándose unos días, el profesor Miguel Ayuso le felicitaba desde las páginas de *ABC*, de Madrid, el 24 de mayo (N. de la R.).

ahí enlazaba su afición a las gentes y las tierras, pero también a los antepasados y a sus dichos: el trato de notables —muchos amigos comunes, con el regocijo verdadero de descubrir las amistades entrelazadas—, lo mucho y bien recorrido —que distingue al viajero, ay, del turista que ha invadido este tiempo— y la raza de cronista e historiador despuntan en sus ojos, en su ademán y en su paría. También en su obra, y son varios los libros que de ahí arraigan, a comenzar por el excelente *Las relaciones diplomáticas entre Perú y Chile durante el conflicto con España* (Lima, 1963), sin hacer de menos a la *Historia diplomática del Perú: 1900-1945* (Lima, 1965).

Hombre de verdadera cultura, pues, como perteneciente a una generación —iba a escribir a una estirpe, pues en esto las más de las veces se confunden ambas, y en lo que nos ocupa tanto hay de una como de otra— menos indigente que las de nuestros días, la vastedad de sus horizontes en modo alguno ha embotado la hondura de su calado, y no puede extrañar a quien le conozca que su mayor fama venga unida a la de haber difundido en nuestra lengua hispana la obra de su maestro Heidegger, con quien estudió en el Friburgo de Brisgovia de mediados del decenio de los treinta: piénsese en su precoz *La ontología fundamental de Heidegger* (Buenos Aires, 1939); pero sin que haya nunca desfallecido en la tensión teórica, como exhiben *El concepto de verdad en Aristóteles* (Mendoza, 1951-1960), *Analogía y evocación* (Madrid, 1976) y —*ritornare al segno*— *Ensayos sobre Heidegger* (Lima, 2000). Un Heidegger, eso sí, en el que las clausuras de su torso filosófico se resuelven en la tradición de la filosofía cristiana que cultivaba el peruano.

Porque Wagner de Reyna es un pensador auténtico, que —como siempre acaece con los tales— dobla el cabo de las tormentas en viaje hacia la teología. Más aún, nuclearmente un pensador cristiano, sin esa luz que baja de lo alto y permite contemplar la realidad en todos sus pliegues (*gratia non tollit naturam sed perficit eam*, dijo para siempre el santo de Aquino), se corre el riesgo de difuminar el neto signo intelectual.

tual que preside sus afanes. Lo expresa sin respeto humano en *La poca fe* (Lima, 1993), donde agavilla —dice— diversas remembranzas “alrededor de lo más valioso que he tenido —tengo—: la fe”. Pero se trasfunde igualmente en toda su obra. Tanto en la que podríamos considerar teológica *formaliter*, y ahí está *Introducción a la liturgia* (Buenos Aires, 1948), fruto de su frecuentar —también en persona— a Romano Guardini. Como en la literaria: *Las tres Marías: auto sacramental* (Lisboa, 1941), *La fuga* (Santiago de Chile, 1955), *Como todo en la tierra* (Santiago de Chile, 1962) o *Duelos y quebrantos* (Lima, 1989). Y sin echar al olvido la que sería dable calificar de política, en el sentido noble, que es el propio, a partir de su hispanidad (y no simple hispanismo, que suena a ideología más que a ontología) esencial.

En este último predio hallamos destacadamente *Destino y vocación de Iberoamérica* (Madrid, 1954), que prologó el gran pensador suizo Gonzague de Reynold, donde explaya la “compensación” que traslada al orden cultural el mestizaje racial y que encuentra simbolizada en el barroco criollo como síntesis artística cristiana posterior a la románica y gótica. Pero también *Pobreza y cultura* (Lima, 1985), fruto de una preocupación que no ha dejado de acompañarle y sobre la que escribía de nuevo hace bien poco en la revista parisina *Catholica*, de excelente factura, que dirige nuestro común amigo Bernard Dumont. Y hasta el también reciente *Crisis en la aldea global* (Córdoba de la Nueva Andalucía, 2000), en que desde una hispanidad entrañada juzga los avatares del mundialismo desenraizador, que constituye cabalmente su contrafigura hodierna. En este sentido, sigue el surco de los pensadores tradicionales de la mejor ley, a comenzar por su paisano Riva-Agüero, aunque su independencia en ocasiones le desborda, extrayéndole de los rubros de cualquier clasificación.

Desde que hace casi diez años concluyera su libro de memorias *Bajo el jazmín* (Lima, 1997), uno de los más auténticos en que han dado mis ojos, ha seguido —sin embargo— leyendo, pensando, escribiendo. En los encuentros parisinos o madrileños

MIGUEL AYUSO

que antes evocaba continúa mostrando una memoria asombrosa, una curiosidad siempre insatisfecha, una inteligencia incisiva. Don Alberto Wagner de Reyna cumple ahora noventa años llenos de una rica existencia humana y cristiana. Y sus amigos, discípulos y admiradores, al lado de su familia, damos con él gracias al buen Dios que lo puso en nuestro camino para que fuésemos edificados.